

Martínez, M. (1997). Comunicación: Signos y contextos. El diálogo de nuestras 'voces'. *Boletín de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo*, 11, 25-35.

Definir un concepto complejo como "comunicación" no es una tarea fácil, ya que la amplitud del mismo, ha dado lugar a conceptualizaciones muy diferentes. Tal vez, esta diversidad evidencia la dificultad de desligar la comunicación del propio hecho de existir y relacionarnos con los demás, por medio de diversos códigos, en función de la especie. Códigos y pautas comunicativas que adquirimos, sin menospreciar el importante papel que juega la herencia y el substrato biológico, en las situaciones de intercambio social en las que vivimos. La comunicación es tal vez una de las funciones psicológicas más evidente del ser humano. Éste comunica ideas, intenciones, deseos, afectos, actitudes, instrucciones, incluso antes de desarrollar un instrumento privilegiado de la comunicación humana, el lenguaje.

Las múltiples dimensiones que encierra el proceso comunicativo hacen a menudo necesario un abordaje multidisciplinar del concepto. Si pensamos en la comunicación como el proceso que hace posible que dos o más individuos se transmitan información intencionalmente -cifrada en algún tipo de código- aparecen, por lo menos, tres de las dimensiones del mismo: una dimensión cognitiva, ya que la información transmitida está representada de alguna forma en la mente del que transmite y también debe representarse en la mente del receptor para ser comprendida y descodificada; una dimensión social, ya que todo el sistema se apoya en reglas arbitrarias y convencionales que regulan el intercambio de información y la interpretación de las intenciones comunicativas del otro; y, finalmente, el propio código utilizado -sea lingüístico o no- tiene características propias que deben ser descritas y analizadas en tanto que instrumento de mediación de conceptos e intenciones. Por ello, una explicación psicológica del "acto comunicativo" debe ser contextualizada en el marco más amplio de otras disciplinas que nos han proporcionado instrumentos para el estudio de la comunicación. En esta ocasión nos limitaremos a destacar dos de los aspectos que hacen posible que nuestra especie se comunique la capacidad de utilizar símbolos y el hecho de vivir en un contexto social que permite el aprendizaje de las reglas propias de cada cultura para la interacción comunicativa.

Cuando dos sujetos intervienen en un acto comunicativo de manera intencionada y con objetivos concretos utilizan algún sistema de unidades dotado de significación. Visto de esta manera amplia, la cantidad de unidades significativas en que estamos inmersos es inconmensurable y ello ha dado lugar a una gran cantidad de literatura sobre el estudio científico de la significación. Toda disciplina dedicada a la comunicación tiene en cuenta como unidad básica de significación,

el signo. La semiótica se ocupa de desentrañar estos sistemas de significación (señales de tráfico, anuncios luminosos, palabras, gestos...) con la finalidad de establecer una teoría sobre los signos. Para Eco (1976) el signo *“es todo cuanto representa otra cosa en algún aspecto para alguien”*.

La semiótica adquiere categoría de disciplina independiente con la obra del filósofo americano Peirce (citado por Eco, 1976). A partir de él, las nuevas y valiosas aportaciones hacen cada vez más difícil el estudio de un tema tan complejo. Esta complejidad halla fácil explicación, tal como expresa Bronckart (1980), si observamos la existencia de los numerosos códigos que son utilizados en las relaciones sociales; este autor se refiere al comportamiento humano, pero queda claro que la dificultad de crear una taxonomía aumenta si añadimos los comportamientos animales. Ya que los fenómenos de significación no son exclusivos del ser humano dado que los animales también emiten y perciben diferentes clases de signos y señales. Si bien, numerosos autores, desde diferentes perspectivas teóricas, señalan un salto cualitativo importante en la escala filogenética, apoyando la hipótesis de la discontinuidad evolutiva, especialmente, con la aparición del lenguaje (Chomsky, 1986, García- Albea,1991; Luria, 1977); otros se inclinan por una hipótesis gradual de la evolución, señalando los paralelismos existentes entre las capacidades cognoscitivas y comunicativas de los simios superiores y los seres humanos (Premarck, 1990; Cheney y Seyfarth, 1990; Mitchell,1991). Tanto en el desarrollo ontogenético como en el filogenético de las formas de comunicación lo que se observa es una continuidad funcional, pero sin duda la aparición del lenguaje, el uso de signos lingüísticos, permite expresar nuestras ideas de forma mucho más precisa que otros códigos comunicativos, marcando en este caso una clara diferencia entre nuestra especie y las otras especies animales.

De todos modos, tal como decíamos, la tarea de clasificar signos no es fácil, como bien describe Hierro S. Pescador (1986) "son tantos los criterios que pueden entrar en una clasificación general de los signos, que el resultado final es inexacto y confuso" (p. 31). La confusión aumenta cuando se pretende distinguir el signo verbal del resto de unidades semióticas. Hierro S. Pescador, después de realizar una revisión de los autores que, a su criterio, tratan el tema con más profundidad, propone categorizar según cuatro índices: el intérprete (humano - no humano); el ámbito en que se dan (naturales - culturales; su estructura (verbales - no verbales); y, su relación con el significado (vestigios; imágenes; y símbolos).

Para Hierro-Pescador, siguiendo a Peirce, el signo lingüístico y el símbolo son dos categorías que no pueden contraponerse, ya que el signo lingüístico queda incluido en la categoría de símbolos, como una subclase de estos (humano, cultural, verbal). Esta concepción

de símbolo es opuesta a la utilizada por otros autores como Schaff (1960), que separa completamente los signos lingüísticos de los símbolos o De Saussure (1976) que diferencia símbolos de signos por el carácter completamente arbitrario de estos últimos; contrariamente a lo que ocurre con el símbolo que nunca es totalmente arbitrario. Así para De Saussure, los signos lingüísticos son arbitrarios -puesto que no hay relación directa entre el sonido (forma lingüística) y lo que representa (concepto)- y convencionales -ya que en cada comunidad lingüística se ha llegado a un acuerdo para denominar (dar una forma acústica) de la misma forma un objeto, una cualidad, una acción.... Usando la terminología de Saussure "el cerebro no une una palabra o un nombre a una cosa, sino un concepto y una imagen acústica; el signo lingüístico es por tanto un elemento arbitrario, una entidad psíquica de dos caras ya que es la unión entre el significado y el significante.

Una importante aportación de Peirce(1932), es la incorporación de la "terceridad" al concepto de signo lingüístico al incluir al "interpretamen", es decir, al usuario del signo. Peirce sustituye los términos significado y significante por: objeto (concepto, imagen mental o significado del signo), representamen (forma acústica) e interpretamen (relación entre signo y usuario).

Pero ¿Qué sabemos de nuestros códigos de comunicación? Tal como apunta Hierro-Pescador (1986) el código podría definirse como una pluralidad de significantes a los que se asigna de forma, en cierto grado arbitraria, una pluralidad de funciones significativas a efectos de una relación de comunicación entre interpretes. "Hay que notar que, al hablar aquí de funciones significativas, puesto que muchos lenguajes, y particularmente el lenguaje verbal, tienen un alto grado de ambigüedad, de manera que la misma función significativa aplicada a un significante puede tener valores diversos" (pp. 36). Para que la comunicación se dé efectivamente, el significado que el emisor atribuye al mensaje debe ser el mismo que le atribuye el receptor. Para ello se utiliza un código común. Pero tal como afirman Mayor y Moya (1991, pp. 520) "la omnipresente multivocidad de los códigos lingüísticos introduce una dificultad adicional y específica que puede impedir o distorsionar la comunicación. Por ello es necesario recurrir a reglas y mecanismos que reduzcan la incertidumbre y que permitan decidir cuál de las diferentes interpretaciones del mensaje es correcta (recurriendo al contexto, la metacomunicación, la redundancia, etc.)". Que duda cabe que una de las formas que tenemos para deshacer las ambigüedades lingüísticas es enviar mensajes redundantes, la redundancia no se transmite sólo codificada lingüísticamente sino a través de la mirada, la expresión del rostro, el tono de voz, ..., es decir, a través de lo que se ha denominado comunicación no verbal.

Parece probable que los fenómenos de conducta no verbal sean los que causen mayor impacto emocional en el receptor (pensemos por ejemplo en la sonrisa irónica que acompaña un cumplido), de todos modos es difícil separar y clasificar que es la comunicación no verbal. A veces se ha definido la comunicación no verbal como un acto de transmisión de una conducta no verbal de persona(s) a persona(s). Tal como afirman Muñoz y Avello (1991, pp.321): "El término *comunicación no verbal* CNV, más que una categoría científica se presenta, por su propio carácter negativo, como un mero enunciado descriptivo de un conjunto de fenómenos que poseen al menos dos características: 1) son comunicación; 2) incluyen sólo una clase de comunicación que se define por recurrir a unas semióticas entre las que nunca está la lengua".

Hasta el momento los criterios de clasificación de la CNV podrían agruparse en cuatro grupos: según la especificidad de la modalidad, en relación con la modalidad o canal de transmisión de la información (óptico-visual, cinético-táctil, químico-olfativo, térmico); según los sistemas de señales no verbales: mirada, expresión del rostro, actitud corporal, movimiento corporal, orientación corporal, espacio personal y territorialidad, aspecto externo y vestimenta, vocalización no verbal y entorno; clasificaciones parasemánticas o de relación con los significados verbales: sustitución, amplificación, contradicción y modificación; y, según el tipo de código : signos expresivos (acciones corporales), signos artificiales (manipulación de objetos externos, simbólicos o reales), signos de mediación, signos de contexto (utilización del tiempo y del espacio).

Todas estas clasificaciones aportan elementos importantes de reflexión sobre como utilizamos todos nuestros recursos expresivos con la finalidad de poder comunicar con otros seres humanos, en el seno de una determinada cultura. Al igual que otras especies nos hemos ido adaptando a las condiciones cambiantes del entorno. Sin embargo, muchos de nuestros comportamientos actuales no son más que fragmentos de pautas más amplias que ya no existen íntegramente. Algunas de estas conductas, fuera de su ritual completo, tienen ya poco que ver con su función original y otras parecen haber cambiado completamente su función. Se han hecho numerosas investigaciones con la finalidad de averiguar que parte del comportamiento no verbal ha sido heredado y transmitido genéticamente a todos los miembros de la especie. Para ello se han observado personas con deprivaciones sensoriales (sordos y ciegos); se han comparado las formas de expresión humanas con las de primates; y, también se han comparado los patrones comunicativos de seres humanos con diferentes culturas, tanto aquellas que habían desarrollado sistemas de escritura como aquellas otras que no habían desarrollado este tipo de sistemas. La única conclusión firme a la que se ha llegado en estas investigaciones es que las expresiones faciales primarias (de miedo, sorpresa, etc.) se observan y son muy semejantes, tanto en niños

privados de vista y oído, como en primates superiores, como en las diferentes culturas investigadas.

Indudablemente, uno de los aspectos más interesantes de la CNV es el tipo de funciones que ejerce respecto del lenguaje. Para Knapp (1984) podrían clasificarse en las siguientes categorías: emblemas, que son actos no verbales que admiten una transposición oral directa o una definición (como por ejemplo, cuando hacemos una V con los dedos en señal de victoria) y que están establecidos culturalmente; ilustradores, que son actos no verbales que acompañan o ilustran lo que se dice (por ejemplo, trazar un círculo cuando se habla de que la tierra es redonda); muestras de afecto, que se refiere a aquellas configuraciones faciales, y otras conductas no verbales que expresan estados emocionales, pueden ser intencionales o no, y en algunas ocasiones contradecir los mensajes verbales; reguladores, que son actos no verbales que mantienen y regulan la participación en una interacción, por ejemplo los gestos que marcan la entrada, la continuidad o la finalización de la participación en un turno de habla; y, adaptadores, que se denominan así porque se cree que se desarrollan en la primera infancia como un esfuerzo de adaptación para satisfacer necesidades, ampliar acciones, dominar emociones, iniciar contactos sociales, etc., de hecho tienen una función autoregulatora.

La conducta no verbal, por tanto, puede repetir, contradecir, substituir, complementar, acentuar, y regular la conducta verbal. El control de la CNV no siempre es consciente, aunque sin duda nos es de gran utilidad no sólo para transmitir intenciones, sino especialmente para determinar las intenciones de nuestro interlocutor. Tal como afirma E.T. Hall (1959/trad.1989; pp. 42): "... debemos aprender a comprender los aspectos "no conscientes" de la comunicación. No debemos creer nunca que somos plenamente conscientes de lo que comunicamos al otro. Hoy en día se producen terribles distorsiones del significado cuando los hombres tratan de relacionarse. El trabajo de alcanzar la comprensión y la penetración de los procesos mentales de los demás es mucho más difícil de lo que la mayoría de nosotros quiere admitir".

Podríamos considerar al igual que Muñoz y Avello (1991) que tras el silencio ("grado cero" de la comunicación verbal) está el cuerpo, su forma de ocupar el espacio contextual, su configuración, su color, su olor y sus ritmos; "todo ello y el conjunto de estados que van del reposo a la acción adquieren una significación en el ámbito de cada cultura, de forma que, pese a constituir una unidad psicosomática no escindible y poseer por ello las características de continuidad e inmediatez que los ilustrados (Rousseau, Contillac) atribuían a la signicidad natural, el cuerpo humano está segmentado culturalmente y se presenta en su función comunicativa codificado de forma diferente para cada cultura" (pp.326). Eco (1977) define este tipo de expresión como

"unidades culturales" ya que según este autor los fenómenos naturales no dicen nada en sí mismos, sino que adquieren significación en el seno de una sociedad o cultura.

Una de las aportaciones más reconocidas sobre el papel de la CNV en la interacción humana ha sido la de G. Bateson, especialmente porqué a partir de sus planteamientos surgió la Escuela de Palo Alto. Bateson (1979) considera la comunicación humana como un sistema complejo en el que se interrelacionan aspectos biológicos y culturales, psicológicos y sociológicos. En este sentido también se expresa Hall (1978), conocido antropólogo al que la psicología debe detallados estudios sobre la conducta proxémica, señalando que las CNV siempre deben ser interpretadas en el contexto; ya que de hecho son una parte destacada del mismo donde se sitúa la parte verbal del mensaje. El contexto, afirma (op. cit. pp.77) Hall "nunca tiene una significación concreta. Sin embargo, la significación del mensaje depende siempre del contexto". Esto nos lleva al momento en que es posible tratar un contexto en relación con el significado. La contextualización es también un importante procedimiento para manejar la gran complejidad que implican las transacciones humanas, de tal forma que el sistema funcione y no se sufran los inconvenientes de una sobrecarga de información. Si bien el código lingüístico puede analizarse en algunos niveles con independencia del contexto en la vida real el código, el contexto y el significado sólo pueden verse como distintos aspectos de un acontecimiento comunicativo.

Hall (op. cit. pp. 81-89) distingue entre comunicaciones o mensajes de contexto alto que son aquellas en las cuales la mayor parte de la información está en el contexto físico o bien interiorizada en la persona, mientras que hay muy poca parte codificada, explícita y transmitida en el mensaje; y, comunicaciones o mensajes de contexto bajo que son exactamente lo contrario, es decir, la gran masa de la información se vuelca en el código explícito. Estas categorías son los extremos de un *continuum* marcado por la proporción de la explicitación verbal y elementos del contexto respecto del contenido del mensaje. En tanto que antropólogo destaca que hay culturas en las que con pocas palabras uno puede ser entendido, ya que el sistema de comunicación está saturado de sentido, hay muchos conocimientos compartidos (culturas de contexto alto); mientras que otras, en las que predomina el individualismo y que están tecnológicamente muy avanzadas, predomina el uso de comunicaciones de contexto bajo en las que todo debe ser explicitado verbalmente para evitar conflictos.

A partir de las ideas de Hall, deberíamos reflexionar sobre aquellos contextos "externos" que juntamente con los contextos internalizados deben ser considerados, en tanto que marcos de interpretación del mensaje. Una de las particularidades en la adquisición de la competencia comunicativa es la progresiva descontextualización del mensaje, que depende en gran medida de

la adquisición de formas verbales que substituyen progresivamente a formas no verbales apoyadas en elementos del medio físico (un ejemplo de ello sería la indicación que se substituye, aunque no completamente, por formas verbales deícticas que permiten ubicar en el discurso tiempo, lugar y persona). Pero no sólo la adquisición de herramientas simbólicas, como el lenguaje, permiten este proceso de descontextualización, también se debe a la "interiorización" de escenarios socioculturales que permiten la reconstrucción de modelos mentales de las situaciones que servirán como marco de referencia interna en futuras interacciones comunicativas. Aún cuando estos procesos se producen independientemente de la cultura en la que se desarrolle el niño, los escenarios situacionales, la lengua, las normas sociales, etc. dependen en gran medida del marco sociohistórico de su cultura.

Hall (op.cit. pp. 46) asegura que la cultura es el medio de comunicación del hombre. Dicho en sus palabras: " Lo que ha cambiado, lo que ha evolucionado y lo que es característicamente humano -de hecho lo que concede al hombre su identidad sin que importe donde haya nacido- es su cultura, el entramado total de comunicaciones; las palabras, las acciones, las posturas, los gestos, los tonos de voz, las expresiones faciales, la manera de manejar el tiempo, el espacio y los materiales, y la forma en que trabaja, juega, hace el amor y se defiende. Todas estas cosas y más constituyen los sistemas de comunicación significativos que sólo pueden interpretarse correctamente si se está familiarizado con el comportamiento de su contexto histórico, social y cultural".

El grupo social contribuye con diversos procedimientos a definir la personalidad de sus miembros, realizando prioritariamente este proceso a través de una interacción comunicativa. Poco a poco, el individuo aprende a actuar de acuerdo a las normas acumuladas a través de varias generaciones. A este conjunto de normas explícitas e implícitas se le puede denominar cultura. El enfoque que desde la psicología ha intentado comprender como se ubican las acciones y procesos mentales en escenarios culturales, históricos e institucionales, tiene su punto de partida en la escuela soviética y, particularmente, en L.S.Vygotski; aunque muchos otros autores trabajan actualmente desde esta perspectiva como J. Bruner, J.V.Wertsch, K. Kaye o M. Cole. Refiriéndose a la relación dialéctica entre el individuo y lo social, Bruner y Haste (1990, pp.12) destaca así la aportación de Vygotski: "Sólo en los últimos años se han empezado a valorar sus más amplios puntos de vista, sobre el desarrollo individual y la evolución sociohistórica. Para él, el desarrollo del niño depende del uso que haga de, por decirlo así, la caja de herramientas de la cultura para expresar sus facultades mentales".

Uno de los conceptos que se introduce desde este enfoque es el de "acción mediada", éste hace referencia a que las acciones típicamente humanas emplean "instrumentos mediadores", tales como las herramientas o el lenguaje, y que estos instrumentos mediadores dan forma a la acción de manera esencial. El concepto de acción mediada descansa en el supuesto de la estrecha relación entre los procesos sociales comunicativos y los procesos psicológicos individuales. Wertsch (1991) destaca la importancia de los procesos comunicativos en el funcionamiento cognitivo humano, incorporando a las tesis vigotskianas, algunos conceptos del lingüista ruso Bajtín y, especialmente, el de voz. Sugiere este autor que para comprender la acción mental humana, se deben comprender los mecanismos semióticos usados para mediar tal acción y que determinados aspectos del funcionamiento mental humano están fundamentalmente ligados a los procesos comunicativos (incluso aquellos llevados por el individuo en aislamiento). Así mismo, el concepto "voz" recuerda constantemente que las funciones mentales en el individuo se originan en procesos sociales, comunicativos y, estos se caracterizan por la dialogicidad de voces.(op.cit. pp. 30-31); o como lo expresa Vygotski (1981; pp.164) "la naturaleza de los seres humanos representa el conjunto de las relaciones sociales interiorizadas que se han convertido en funciones para el individuo, y forman la estructura del individuo".

El argumento general de Vygotski sobre el origen mental de las funciones superiores surge claramente en relación a dos de sus postulados. En primer lugar, en relación a la ley genética general del desarrollo cultural: "En el desarrollo cultural del niño, toda función aparece dos veces: primero, a nivel social, y más tarde, a nivel individual; primero entre personas (interpsicológica), y después, en el interior del propio niño (intrapsicológica). Esto puede aplicarse igualmente a la atención voluntaria, a la memoria lógica, a la formación de conceptos, y al desarrollo de la voluntad. Todas las funciones superiores se originan entre seres humanos" (Vygotski, 1979, pp. 94). Y, en segundo lugar, al concepto de zona de desarrollo próximo definida como la distancia entre el nivel de desarrollo efectivo (del niño), determinado por la resolución independiente de un problema y el nivel de desarrollo potencial, determinado por aquello que puede llegar a hacer con la guía de un adulto o en colaboración con compañeros más hábiles.

Algunas investigaciones transculturales, sobre la mediación de instrumentos simbólicos en la resolución de problemas, han mostrado que no en todas las culturas se priorizan los mismos instrumentos de mediación. Mientras que en las culturas occidentales se prioriza el uso de mediadores verbales en otras no. Por ejemplo, J.M. Kearns (1981, 1986) es su estudio con niños australianos (aborígenes y blancos de origen europeo) comprobó en la resolución de tareas de memoria visual, no sólo una mayor competencia de los niños aborígenes sobre los blancos, sino

que los primeros no recurrían a estrategias verbales para favorecer el recuerdo, mientras que si lo hicieron los segundos. La utilización por parte de los niños aborígenes de estrategias visuales muy desarrolladas, se debe probablemente a que estas son muy útiles para orientarse en el desierto, hábitat natural de los niños examinados.

Sin duda, y tal vez por un sesgo cultural como señalan varios autores (Bruner, Werstch, Hall; op. cit.) los intentos por comprender la relación entre cultura y comportamiento humano han pasado por el análisis del lenguaje. Tal como señala Bruner (1990, pp. 10) "con ayuda del lenguaje, el niño puede entrar en la *cultura* inmediatamente: sus metáforas, sus explicaciones, sus categorías y sus maneras de interpretar y evaluar los sucesos. Todo *esto* no se lo inventa el niño; es moneda corriente de la cultura, el marco de referencia que determina los límites de los conceptos del niño. Su medio es el lenguaje y las formas de conducta lingüística".

Tal como señalábamos Wertsch (1991) incorpora las tesis de Bajtín, a las más conocidas de Vygostki, en sus explicaciones sobre el importante papel de la comunicación en el desarrollo de los procesos superiores. Una de las nociones que nos parece relevante para la comprensión de lo que implica el contexto sociocultural es la de "dialogicidad". Para Batjín (cit. en Wertsch, 1991; pp. 72-73) "Comprender el enunciado de otra persona significa orientarse con respecto a él, encontrar el lugar correcto para él en el contexto correspondiente. Para cada palabra del enunciado que estamos en proceso de comprender, proponemos, por así decir, un conjunto mayor de palabras nuestras como respuesta ... *Toda comprensión verdadera es dialógica por naturaleza*". Es de destacar que la noción de destinatario de Bajtín no se limita a los hablantes en una situación inmediata, sino que las voces a las que nos dirigimos pueden ser temporal, espacial o socialmente distantes (por ejemplo, al escribir un texto pueden tenerse en mente una o más personas a las que va dirigido).

Así mismo, este autor señala que un mismo lenguaje "nacional" (lengua compartida por una comunidad lingüística y oficialmente reconocida) puede tener muchos lenguajes sociales en una misma cultura. Pensemos, por ejemplo, en las jergas profesionales, los lenguajes de generaciones y grupos de edad, los lenguajes de distintas clases sociales, lenguajes políticos, etc. Como individuos que estamos inmersos en una cultura podemos dominar varios de estos lenguajes sociales (el de nuestra profesión, nuestro grupo social, nuestro círculo familiar, etc.) y somos capaces de cambiar de un código a otro cuando las situaciones lo requieren.

A pesar del evidente interés de la obra de estos autores, y de las numerosas investigaciones en marcha desde estos supuestos, al igual que ha ocurrido con la obra de

Vygotski; el atractivo marco conceptual no siempre es constatable a nivel empírico u observacional. Si bien, muchas de sus ideas han podido verificarse respecto del desarrollo intelectual y comunicativo del niño; ésto sólo ha sido posible restringiendo el contexto "sociohistórico" a contextos más cercanos y limitados, como el familiar o el escolar.

Para Vigotsky y a lo largo del desarrollo de las habilidades comunicativas, y a través del instrumento mediador más importante, el lenguaje, hace posible que el ser humano adquiera una función comunicativa nueva: la regulación. Esta función es esencial como instrumento del pensamiento y de control metacognitivo. El desarrollo de esta nueva función no implica el abandono de las funciones comunicativas interpersonales ya adquiridas, sino que permite además una elaboración reflexiva de esas funciones, esencialmente autocomunicativa. Utilizando los términos vigotskianos a este contacto social con uno mismo, de naturaleza semiótica, llamado "conciencia". Una conciencia de naturaleza dialógica como han señalado Vygotski (1977); Batjín (1981) o Wertsch (1991) con pluralidad de voces que pueden dialogar. Aunque, actualmente, desde la psicología cognitiva se ha demostrado que muchos de los procesos simbólicos -conscientes y no conscientes- no necesariamente están mediados por el lenguaje, no podemos negar que hay un plano de la conciencia humana, el más complejo y específico, que está hecho de lenguaje. Un plano que hace del ser humano, un ser desdoblado que se comunica consigo mismo y posee conciencia reflexiva. Una "conciencia" internalizada del medio socio-cultural e histórico en el que se ha desarrollado.

Queda mucho en el tintero, desde otras posiciones, sobre el contexto externo -interiorizado o no- del acto comunicativa, de su influencia en nuestras formas -conscientes y no conscientes; verbales y no verbales- de comunicarnos o incomunicarnos. A modo de reflexión las preguntas: ¿cómo influyen las instituciones en nuestras formas de comunicarnos? ¿qué "voz" institucional utilizamos al comunicar con alumnos o pacientes o compañeros? ¿qué "voz" disciplinada (de nuestra disciplina) domina nuestro discurso? ¿hasta qué punto somos capaces de oír otras "voces" que no sean la nuestra? ... espero que dialoguemos sobre ello.